



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS ACTORES
DONATO JIMÉNEZ



Lit. de Bravo Pesquera 14 y Madera 8, Madrid

Con gallarda apostura y voz de trueno
el escenario llena,
y cualquier drama atroz resulta bueno
si Donato Jiménez sale á escena.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¡Píñenos nervios!, por Vital Aza.—Los hombres joviales, por Manuel Matos.—Gresca, por Sinesio Delgado.—Centares del alma, por Agustín Pueyo.—Coquetearías, por Eduardo de Palacio.—Un duelo, por Rafael Ramos Navarro.—Delaciones, por Jacobo F. Brizuela.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Donato Jiménez.—Idealismo puro.—Antigüedades, por Cilla.



Por respeto á la Cuaresma, se han suspendido los bailes en salones, salas, pasillos y demás piezas destinadas al placer.

Desde la Princesa altiva á la boticaria llanota, todas cuantas señoras recibían gentes por las noches han acordado fijar sus ojos en la iglesia y entregarse á las cosas del culto, durante unos días.

Lo mas que toleran es que los amigos jueguen al *heci-gue* ó al *mis*, según el grado de elegancia de cada uno.

En los dorados palacios se reúnen los títulos para tocar un te y oír alguna pieccecita, de carácter religioso, ejecutada en el piano por una titula filarmónica: en los demás establecimientos no aristocráticos, los ex bailarines cultivan los tan entretenidos juegos de prendas, y uno que otro chico toca el flautín ó recita versos inspirados, con acompañamiento de guitarra.

La literatura dramática es compatible con la religión de nuestros mayores, y por eso las damas representan comedias en la época actual.

Hay teatros en los elegantes hoteles y en las casas bien puestas, y ahora se va extendiendo la afición hasta tal punto, que ya las pupileras preguntan á sus huéspedes:

—Vamos á ver. ¿No les parece á VV. que debiéramos hacer un teatrillo en la despensa?

Muchas familias, que tienen coliseo en casa, luchan con el inconveniente de la falta de público, porque es muy limitado el número de sus relaciones, y todas éstas reunidas, no bastan ó ocupar la tercera parte de la sala; pero así y todo, celebran función cada quince días y se divierten en grande.

Conocemos una familia, recién llegada de Filipinas, que ha mandado hacer también su correspondiente teatro en el comedor, viéndose obligada á comer en una alcoba del pasillo.

Noches pasadas, la familia Bejuco—que este es el nombre de los supradichos filipinos—inauguró las representaciones con el drama en tres actos *Flor de un día*, representado por el papá, la mamá, las dos niñas, un amigo que está siguiendo la carrera de médico dentario (como dice él) y otros jóvenes nacidos en el archipiélago y que se dedican aquí á distintos usos.

Bejuco, que es el hombre más animado de la tierra, deseaba ser admirado y aplaudido por un público numeroso é ilustrado: pero ¿á quién convidar? Él no conoce á nadie todavía; los vecinos de la casa se excusaron de asistir, fundándose en eso de la difteria, y Bejuco entonces dijo á su familia:

—¿Saben lo que les digo? Pues que *vamo* á dar la *función* para nosotros solos. Lo *principal* es divertirse.

Pero, hay una Providencia; de eso no cabe duda, y poco á poco fueron llegando á casa de los Bejucos un capitán de infantería y su señora, que iban á hacerles una visita de parte de un cura de Iloilo; una tendera de ropa usada, que suele ir por allí en clase de proveedora de la familia, y el cartero del barrio, que es una persona fina y que ocupó buena posición el año 73, cuando era Ministro de Estado en el cantón de Navalcarnero.

Bejuco fué convidando á todos en términos corteses.

—¡Vaya! Me alegro de verle, señor cartero; porque esta noche tenemos *función* y le esperamos.

—Tantas gracias.

—¿Tiene familia?

—Sí, señor; esposa y siete niños.

—¡Que me alegro! Traígalos á todos; y no se molesten en comer, que aquí tendremos viandas y chucherías.

¿Qué más quiso el ex-ministro de Estado? Aquella noche acudió á casa de Bejuco con toda la familia. El capitán y su señora asistieron también, acompañados del asistente, que no hacía más que reír y tirarles piñones tostados á los actores. Uno de los proyectiles fué á darle en un ojo á Bejuco y ya no pudo decir ningún verso con entonación dramática.

El capitán quiso pegar al asistente allí mismo, pero él decía:

—Mi capitán, yo creí que se podía disparar contra los comediantes, porque en mi pueblo, siempre que hay comedia, tiramos lo primero que se nos viene á la mano.

A Bejuco se le irritó el ojo y tuvo que salir á escena con un pañuelo de hierbas atado encima. Los demás actores conmovidos no hacían mas que suspirar y ponerle bien el pañuelo.

Pero faltaba lo más grande, y fué que uno de los hijos del cartero salió de la sala y se introdujo en la alcoba nupcial de los Bejucos, buscando algo que chupar. Sobre la mesa de noche había una candileja llena de espíritu de vino, y el muchacho, creyendo que era aguardiente del mono, se bebió el contenido de la candileja y comenzó á dar gritos horribles.

—¿Qué tienes, hijo mío?—preguntó la madre acudiendo en su socorro.

—Estoy ardiendo!—contestó el muchacho.

Y el asistente, cogiéndole por las piernas, fué á la cocina y lo metió de cabeza en la tinaja.

Así terminó la función de casa de Bejuco.

•••

¿Qué unción cristiana reina en los templos!

Hay ejercicios *padrosos* todas las tardes, y á ellos acuden las damas con el devocionario en una mano, y el bolsillo de la caridad en la otra.

Arrodillanse, hacen la señal de la cruz y se entregan á la oración.

—Buenas tardes, Condesa.

—Adiós, Isabel.

—Creí que no venía V. hoy.

—Yo no faltó nunca á estas prácticas... Cuando dejo de rezar, parece que me falta algo... «Santa María, Madre de Dios...»

—«Dios te salve, señora...» Las de Marmolillo no han venido aún.

—No me hable V. de esas cursis.... «Ruega por nosotros...»

—¡Como ahora estan tratando de pescar al Marqués!... «Bendito sea el fruto...»

—¿Es cierto que la mayor está en relaciones con Camisilla?

—«De tu vientre...» Eso dice todo el mundo; pero yo no lo creo. Es un lagartón muy grande. Ya ha visto V. lo que hizo el año pasado con la de Bandullo... «No nos dejes caer en la tentación...»

—Y después de este destierro... ¿Quién es aquella?

—La de Olivete... ¿Ha visto V. qué pintada viene?... «Como nosotros perdonamos á nuestros deudores...»

—¡Dios mío! ¿Qué fuelles le hace el vestido!..

—Siempre ha sido un adefesio... Parece que le visten sus enemigos... Para que seamos dignos...»

¡Después dicen que la religión se acaba! ¿Qué se ha de acabar?

•••

Y ahora hablemos de la aparición de un libro interesante.

Maximina, preciosa novela de Armando Palacio, acaba de ponerse á la venta, y los ejemplares se venden como

pan bendito. Verdad es que el autor goza de fama merecida entre los amantes de la buena literatura.

Gabriel Merino ha publicado también un tomo de cuentos en verso y prosa, titulado *Amor entre fallas*. El que tenga melancolía, debe comprarlo y desaparecerá la tristeza.

Pero, por Dios, que no lo vean los niños.

LUIS TABOADA.

¡PÍCAROS NERVIOS!

—¡Doctor, venga por favor!
Mi mujer está muy grave.
¡Ay, doctor, usted no sabe lo que yo sufro, doctor!
—¿Qué mal aqueja á su esposa?
—¿Qué mal? Usted lo dirá.
Yo tan sólo sé que está muy nerviosa, muy nerviosa. Con sus hinchitas me asedia; en un mes que lleva así he adelgazado, ay de mí lo menos arroba y media. Siempre está de mal humor, fiera, irritable, irascible... Vivir así no es posible, no es posible, no, señor. No se la puede aguantar; no se la puede sufrir...
¡Ay! Yo me voy á morir, ó yo me voy á matar. Vivo en constante aflicción, en perpetuo ton content...
—¿Come poco?
—¡Qué! ¡Muy bien!
—¿Y duerme?
—¡Como un lirón!
No sé cómo defenderme de su carácter tenaz. En mi casa sólo hay paz cuando come ó cuando duerme. ¡Al variar el tiempo es cosa de no resistirla!
—¡Yal!
¿Y si la atmósfera está cargada, su pobre esposa se exaltará?
—¿Cómo no?
Mas por cargada que esté la atmósfera, crea usted que más cargado estoy yo. Tanta y tanta impertinencia con paciencia sufría, pero temo que algún día se me acabe la paciencia, y entonces...
—Tenga usted calma! Esas mujeres nerviosas...
—Sí, señor, pero es que hay cosas que á uno le llegan al alma.
¿Ve usted este cardenal?
—¡Caramba! ¿Que ha sido eso?
—Pues nada, esto ha sido un beso de mi esposa... angelical. Me quiere de una manera tan expresiva y tan rara, que hoy me ha deshecho en la cara la tapa de una sopera.
—Son unas calamidades esas mujeres así.
—¡Dígamele usted á mí!
—¡Hombre! ¿Si habrá novedades?
—¡Novedades!
—Es posible!
¡Estará en estado!...
—¡Qué! ¿Quién?
El estado en que ella está es un estado horrible.
—¿Tiene dolencias?
—¡No!
—¿Y cuando se halla gravada de qué se queja?
—¡De nada!
¡El que se queja soy yo! Yo, que por mi mala estrella sufro este horrible tormento, yo, que no tengo un momento de tranquilidad con ella, no hay dinero que le baste!

¡El mejor día la pego!
Indulmente le ruego que por Dios Santa no gaste. Salí ayer y se gastó un dineral, ¡ya se ve! Y luego, péguelo usted, es decir, péguelo yo. Me desconozco á mi mismo cuando paso lo que paso.
—¡Calma! ¡Su esposa es un caso!...
—¿Cómo un caso?
—¡De histerismo!
—Yo creí... ¿Conque es histerica?
¡Si fuese el cólera!
—¡Qué!
—¡Lo parece, porque está casi siempre tan colérica!
—¿Es joven?
—No; treinta y tres.
—¿Y desde que se han casado, dígame usted, no ha notado?...
—Si me ha casado hace un mes!
—¿Y ella tendría otro amor?
—¡No, señor! ¡Dios es testigo!
—Puede usted hablar conmigo como con un confesor. Diga la verdad.
—¿Que no!
¿Otro amor? ¡Que tontería! Si la pobre no sabía qué era amor, hasta que yo llegué de Cuba y la vi, me miró, nos comprendimos, y entre caricias y besos me dió el anhelado sí. La dió en medio millón; juzgúe mi dicha segura, y hace un mes, el señor cura nos echó la bendición.
—Tal cambio — vuelvo á mi tema — prueba que en ella imperioso rige el sistema nervioso...
—¿Canario con el sistema!
—Usted no sabe lo que es la que padece histerismo... Lo que le gusta ahora mismo, le produce horror después; ya irritable, ya insensible, cuando es ángel, cuando arpía; está así fuera un día, y al otro día irascible... Créame usted, yo no puedo... Esos casos siempre son nuestra desesperación. Las nerviosas me dan miedo, y tengo motivos...
—¿Qué?
—¡Yo, como usted, he sufrido! ¡Yo también víctima he sido de una histeria!
—¿Sí, eh?
—Era una chica preciosa, una muchacha lindísima; pero, por desgracia, era muy nerviosa, muy nerviosa! Voluble, por su debilidad, un día amó á un paria, pero ¡ay! al otro me odiaba con feroces vehemencias. Yo sufrí su desdén.
—¿Era mi dicha, mi amor?
Pero ¡ay! un día — qué horror! — ¡huyó del pueblito!
—¿Con quién?
—¡Solita!
—¿Conque solita!
—¡Se marchó á un convento!
—¡Yal!

¡Profesó de monja!

—¡Qué!

¡Se escapó la pobrecita!

—¿Otra vez!

—Dejó el convento,

según murmura la gente,

con yo no sé qué talento,

de no sé qué regimiento.

—¡Vaya con la santurrón!

—¡Que lástima! ¡Era muy bella!

Yo no he vuelto á saber de ella

porque no he vuelto á Gerona.

—Yo soy de Gerona. ¿A ver

si conozco á esa infeliz?

—Se llama Rosaura Ortíz.

—¡Caracoles! ¡Mi mujer!

VITAL AZA.

LOS HOMBRES JOVIALES

Así como encontramos en sociedad hombres tristes, que parece han venido al mundo con la misión de pasear por todas partes la tristeza, y de ellos me ocupé en otra ocasión llamándolos *hombres fúnebres*, encontramos también con frecuencia sujetos que son el reverso de la medalla de aquellos, y siempre andan por ahí enseñando su cara de pascua.

Aunque en un término medio está lo prudente y sensato de estas cosas, yo, si me dan á escoger, prefiero estos hombres todo alegría, todo regocijo, que se ríen por la causa más insignificante, y que tienen la suerte de encontrar lo cómico hasta en los actos más serios de la vida.

Bueno será, antes de seguir hablando de ellos, hacer notar que no me refiero al hombre chistoso, es decir, al que encontrarán ustedes en todas las reuniones, teniendo por oficio el contar chascarrillos, recitar epigramas y reproducir todos los cuentos y rasgos ingeniosos que acopian en las gacetas de los periódicos y en las hojas de los almanaques americanos.

Estos son, respecto de los hombres joviales, lo que los cocineros respecto de los gastronómicos. El hombre chistoso (sobre todo si ignora que lo es, ó por lo menos no hace gala de ello) sirve el chiste condimentado, y el hombre jovial le saborea como si fuera el más delicado de los manjares, y le recibe con una risotada franca y espontánea que desparrama la alegría como esparce la fragancia un ramo de lilas frescas en una mañana de Mayo.

No siempre la risa es comunicativa, y en esto precisamente es en lo que se conoce el hombre jovial legítimo. Hay quien se ríe de tal manera, que con su risa es capaz de poner de mal humor al hombre menos dispuesto á la seriedad; pero si el jovial es auténtico y su risa tiene el sello indispensable de la ingenuidad, trasmite á los que le miran el regocijo. ó consigue, por lo menos, que la alegría corra por nuestro cuerpo.

Yo me he reído en ocasiones, no por ver reír á otros, sino tan sólo con oír la risa de un hombre alegre, aun ignorando la causa que la producía. Esto prueba el influjo de la risa legítima, y prueba, además, que hay hombres que son artistas de la risa, como otros lo son de la palabra y del canto.

El hombre jovial, en todas partes y con cualquier cosa encuentra motivos para soltar la carcajada; pero donde está en su elemento es en el teatro.

Allí va con el propósito de reírse, y se ríe desde que en la taquilla toma el billete, y le causa risa sólo el pensar que se va á reír.

A las primeras escenas suelta el trapo, como suele decir, y en la sala resuena la carcajada estridente y sonora, que trasmite á todos la alegría.

Con tres ó cuatro hombres joviales no hay obra que naufrague la noche del estreno, porque el hombre jovial no desaprovecha nunca ni protesta, ni pide á las obras dramáticas más circunstancia que la de que sean favorables á su regocijo.

Para él la mejor obra es la que le deja reventado de reír y llenos de dolores los hijares.

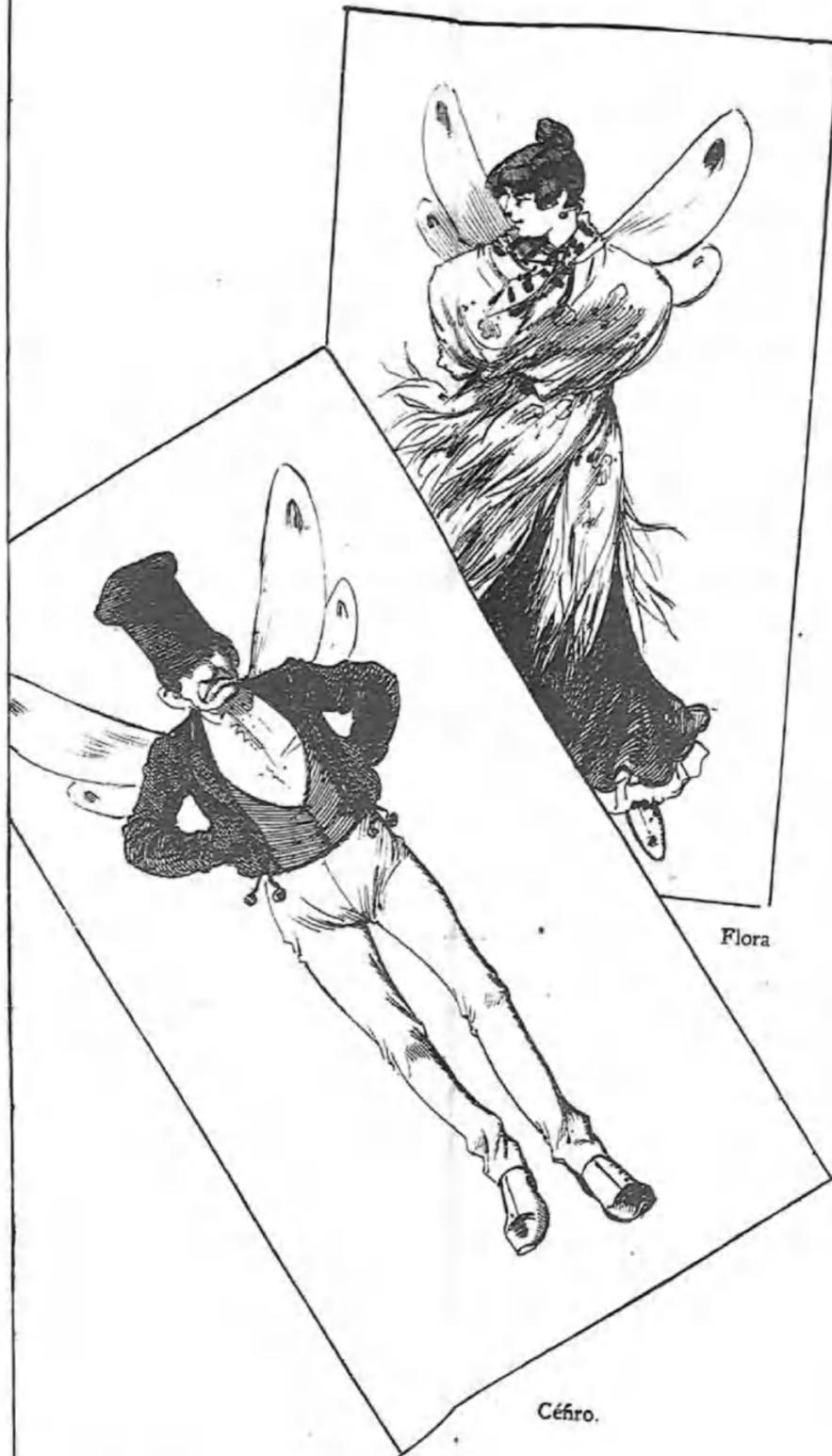
He dicho que el hombre jovial encuentra motivos de risa hasta en los actos más serios de la vida, y, en efecto, no sólo es esto verdad, sino que, precisamente, la que más excita la hilaridad de los joviales son las caras de los hombres tristes.

Es preciso tener una gran práctica en materias jocosas, ó haber nacido de condición jovial, para ver circunstancias cómicas en las cosas y personas tristes.

Así es que á veces el hombre jovial se encuentra en un apuro grande cuando, por ejemplo, se ve obligado á asistir á una visita de duelo.

La escena le obliga á permanecer grave, y la gravedad de los demás le induce á la risa. Aquella vida, que apenas ayer acompañados, aquel hablar mal de los médicos y de la falta de tino que tuvieron con el difunto, aquellos consuelos de isomorfismos: «hoy unos y mañana otros, todos hemos de seguir el mismo camino.» Aquel contraste que forman las lágrimas de los parientes y el ruidito de platos que se sienta en la cocina de la casa, provocan la risa del hombre jovial, que ve en todo aquello lo que revela de ridículo y falso, y no lo que aparenta de triste

IDEALISMO PURO



y lacrimoso. Entonces el hombre jovial saca el pañuelo, se tapa la boca, reprime, violentándose, la risa, y acaba por marcharse para echarse a reír apenas se cierra tras de él la puerta de la habitación.

Ocurre á veces que el hombre jovial pasa por grosero ó mal intencionado; pero las gentes le otorgarían indulgencia si supieran y considerarían que la jovialidad es cosa tan imposible de evitar como los movimientos involuntarios de un hombre nervioso que hace, sin querer, gestos y muecas.

Cae un tiesto de un balcón junto á un transeunte, que se vuelve espantado; tropieza y cae otro, quedando boca abajo como una rana; chocan dos sujetos al dar vuelta á una esquina al mismo tiempo; alcanza á un infeliz que lleva un sombrero recién aplanchado una manga de riego; se le vuelve á uno el paraguas por la fuerza del viento.... todo esto son motivos de risa para el hombre jovial, que no por eso tiene mal corazón, no, señor; pero es que no puede evitar que le regocijen los gestos de espanto, asombro ó sorpresa que ve en los demás.

El hombre jovial es, generalmente, bonachón, porque todo lo ve de color de rosa; es sobrio, porque teniendo que reír ya está alimentado, y es comunicativo y francote, porque del trato con los demás obtiene lo que ambiciona en el mundo: la alegría.

Si la sociedad estuviera compuesta de hombres joviales, otro gallo nos cantaría.

Porque más que las desdichas de este valle de lágrimas, nos acongojan las lágrimas de los que ven desdichas en todas partes.

Voto, pues, por los hombres joviales. M. MATOSÉS.

GRESCA

Pepa la tripicallera ha reñido con el hombre, y con tan fausto motivo (motivo de mojicones) han dado día de fiesta al barrio de Embajadores.

Las comadres madrileñas, como las de todo el orbe, se pisan por estas cosas, y en ellas hallan el goce que hace saltar de alegría los humanos corazones.

Así es que, cuando en el patio empezó Pepa á dar voces y á refutillar el otro desnudo y maldiciente, se llenaron de curiosas ventanas y corredores.

Caras en que se pintaba la satisfacción innoble, la malicia picarresca con que presencian cuestiones y azuzan á los que rifen las chulapas de la corte.

Toda la granajería que en las zahurdas se esconde, salió á presenciar la gresca y á dar al cuadro sus toques sacando su repertorio de girones é interjecciones con que en la plaza el domingo jalea á los pildores.

El marido de la Pepa, que teme que le safoquen, quisiera que entrara en su cuarto la alborotadora conyuge; pero ella, que es una malva si la dejan que alborote, no gusta de armar camorras gordas cuando no la oyen, y salió al medio del patio, se puso á gritar el doble y le miró puesta en jarras con ojos provocadores.

—No me des otro *apartado* como el que *hate* antecoché, porque hay aquí malos lenguas y es mu fácil que les cuete! —¿Entrar yo? ¡manque me pinchén! ¿dónde quieres, antecoché?

—¿que te eché yo 1000 los días á ti solo los sermones pa que no escarmentes nunca y los digas como un poste? ¡pas no me da la rial gana y lo he de oír á voces, pa que se entere too el barrio si á mano viene, y too el orbe si á mano viene, y que sepan que eres un tío, un mal hombre, granuja, que viene á casa borrachito todas las noches y se bebe los jornales con tres ó cuatro amigotes, mientras su mujer no cena hace diez días ó doce.

—¿Te quieres cayar?

—¿Que me caye?

—¿Eso quisáis tú!

—¿Qué pones á que te rompo las muelas ya que ices que no comes y no te sirven pa nada...?

—¿Y qué que lo hicieras!

—¡Ole

por los valientes!

—¿Granujal

—¿Déjela usted, señor Roque; que eso no es de cabayeros ni de personas mayores!

—¿Ustés se cayan. Ca uno haga lo que le acomode.

—¿Pildó!

—¿Cobardel!

—¿Siocorro!...

Llega la guardia á las voces, intervienen las vecinas, se dan las explicaciones, una vieja da consejos para establecer el orden, la Pepa se va calmada, el marido, por su nombre, jura no tomar más copas aunque nunca se les oieren, y se muestra arrepentido, se va no se sabe dónde...

..... y dá á su mujer de palos en secreto, aquella noche

SENARTE DEL TADO.

CANTARES DEL ALMA

A contemplar una hermosa me pare un día en la calle.

¿Qué le dió mi fecha que me alargó un perro grande!

Quisiera ser sicánfor en los meses del estío, por si acaso el prestamista me ponía con mi abrigo

De las *doquieras* que paso y las que aun he de pasar,

con las que tengo pasadas me trato de consolar.

A la puerta de una fonda me puse á reflexionar que si hoy comiera caliente tal vez me sentara mal.

AGUSTÍN PUZO.

COQUETERIAS

No crean Vds., lectores; no teman Vds., lectoras, que me ocupe en denunciar coqueterías femeniles.

No, ni pensarlo, sino coqueterías municipales, coqueterías de ornato público.

Entre los «objetos secundarios» que administra el Municipio de Madrid, cuenta las llamadas columnas.

No columnas del orden, que éstas pertenecen á otro negociado.

Bien dicho, no puede denominarse á esos aparatos con celosías laterales y agua corriendo en el «foro.»

Este sistema celular es preferible al de los antiguos receptáculos verdes. Más moral y al parecer menos movable.

Y digo al parecer, porque la experiencia demuestra lo contrario.

Es más complicada la red de «tribunas de desagüe» que las redes de ferrocarriles y de telégrafos.

Amanece un día, y al asomar la nariz á la calle ven ustedes desde la puerta ó desde el balcón un nuevo edificio en la acera de enfrente.

—¿Hombre! ¿Se ha acordado de nosotros el Ayuntamiento ó quien le represente en el asunto!

Si poseen Vds. hijas ó hijos menores (no menores que las hijas ni menores que Vds., sino «de menor edad,» según calificación admitida.

—Quedan desde hoy prohibidas las vistas á la calle—disponen Vds.

—¿Por qué, papá?—preguntan alarmados sucesoras y herederos.

—Por... por razones de ornato público.

—¿Hombre!—replica la madre de la cría y esposa del jefe de la familia.—Aunque fueran las caras de las chicas elementos perturbadores.

—¿No es eso, señora!—protesta el cabeza de familia.

—Tú sí que tienes—insiste la madre ofendida—cara de pasquín «á medio arrancar.»

—Ven, mujer temeraria, ven, asómate y mira lo que nos ha nacido en la acera de enfrente.

—¿Un kiosko!

—Sí, un kiosko, pero con filtraciones.

—¿Qué atropello!

—Atropello precisamente, no; pero abuso de vistas; yo pago por tres huecos; soy contribuyente...

—¿Y dónde está el abuso?—objeta un amigo de la casa.—No le privan á V. de los huecos.

—Es claro, pero me saltan los ojos de la familia.

Si el vecino perjudicado en panorama cuenta con influencias, trabaja, intriga, y suele conseguir que le libren de aquel objetivo repugnante.

En caso contrario, tiene que optar por mudarse de domicilio ó por enviar á las chicas fuera de casa.

Un hombre apremiado, no por los negocios, sino por ocupaciones secretas, se dirige precipitadamente al lugar del «sinistro.»

A las veces suele tropezar con la estúpida fisonomía de algún filósofo del ramo, que pasa las mejores horas de su vida viendo caer el agua en esos aparatos, y examinando los sucesos del exterior á través de las celosías.

O le detiene un bastón que amenaza, sujeto debajo del brazo de algún usufructuario del kiosko; un bastón que sale como para que en él cuelgue el sombrero algún transeunte, ó cuelgue un ojo, contra la voluntad del propietario.

Pero con frecuencia, cuando llega el caballero apresurado, se encuentra con que no encuentra el objeto apetecido.

La tribuna ha desaparecido de aquel lugar.

Se aproxima á cualquier guardia del municipio, si por casualidad halla alguno próximo al sitio, y le pregunta:

—Por allí rebulle—le responde, al poco más ó menos, el funcionario.

Como en el juego de «las cuatro esquinas,» responden á la personas que «pide lumbre» las que ocupan alguna de «las esquinas.»

—¿Se la habrán llevado?

—Es natural; aún no tiene edad para andar sola.

Para los hombres ordenados, que se levantan todos los días a la misma hora, almuerzan con idéntica regularidad en el tiempo, fuman, se afeitan, y todo, en fin, lo hacen con hora fija; para esos las perturbaciones en la red de «kioskos de absorción» es una desgracia.

Pero la coquetería municipal no cesa de manifestarse en el ramo indicado.

Como algunas mujeres coquetas varían la posición de los lunares que se improvisan en la cara, así los encargados de esa parte de la policía urbana hacen variar de emplazamiento y aún de forma las «tribunas públicas.»

O cambian la entrada y colocan la tribuna a otro viento, al del vecino de menos importancia.

O levantan dos allí donde hubo una sola.

—Mira, Fulana—dice algún vecino guasón a su esposa.—El kiosko ha dado a luz: ahora hay dos.

—Parece un mueble de magia.

En otros sitios la tribuna se desarrolla y se triplica.

A esto denomina un académico a quien yo trato con guantes: «un triunvirato.»

En opinión de un señor mayor mi amigo:

—Todas esas son «majaderías de los tiempos modernos.» En mi juventud—continúa,—no había variedades ni innovaciones tan perjudiciales para el vecindario.

—Me lo figuro—afirmé.

—Salía V. de un café, de un teatro, de una tertulia, y...

—Sí—le atajé,—no continúe V.

Pero él terminó diciendo:

—Siempre en el mismo sitio.

EDUARDO DE PALACIO.

UN DUELO

En lujoso aposento, y prosternada,
de Cristo ante la madre venerada,
una dama de célica belleza,
transida de dolor suspira y reza,
á veces levantando
la preciosa cabeza,
y con los ojos fijos en María,
exclama sollozando:
—¡Salvadle, Madre mía!

.....
Dos golpes, de repente,
la puerta hacen crujir de la morada;
levántase la dama diligente,
é hirguiendo el talle aroso,
grita con alegría,
corriendo hacia la puerta.—¡Ese es mi esposo!

.....
—¡Alberto de mi alma!

¿Eres tú? ¡Habla por Dios! ¿Eres mi Alberto?

Cuanto he sufrido ¡ay! te creí muerto.

¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? Estás turbado...

¿Vienes herido? ¡No, no me lo niegues!

¿Cómo vienes, mi bien?—Algo cansado.

—¿Te batiste por fin?—Sí, me he batido;

el ultraje á tu honor está vengado.

—Y dime, dulce esposo,

¿qué ha sido del infame

que procuró turbar nuestro reposo

con sus viles promesas y regalos?

—Allá entre un matrazal quedó tendido.

—Muerto ¿verdad?—No, esposa, no, tendido...

de darme tantos palos.

RAFAEL RAMÓN NAVARRO.

DELACIONES

Un joven melencólico,
de cuyo rostro pálido
guardo apenas memoria,
pues de noche le vi,
enumerando méritos
para ser polizonte,
decía en un despacho
del gobierno civil:

—Yo sé la historia íntima
de varios personajes,
como son los señores
don A... don B... don C...;
y guardo en mi cartera
infinidad de notas,

acerca de los tratos
de la F... y la D...;

Yo podría decirle

dónde van por las tardes

varios republicanos

que son J... H... I...;

y enteraré al Gobierno

si acepta mis servicios,

del plan que han combinado

entre G... Getá y Gil.

Yo en misteriosa noche

ví á la L... y la M...;

seguir los lentos pasos

de la N... y la O...;

y sé dónde se juntan
conspirando alevosos,
P... Q... R... S... T...
U... Z... y otros dos...—
Ignoro si algun jefe
en vista de estos datos,

viendo que tanto sabe
le dará plaza al fin;
porque, lo digo en serio,
le den ó no destino,
señores, francamente,
¿qué se me importa á mí?

JACOBO P. BRIZUELA.



—Manolo; este año nos acompañará V. también al Retiro, ¿verdad?

—¿Por la mañana? ¡no puedo, señora! me han prohibido los médicos que tome el relente, y además...

—¿Qué?

—Además, no me gusta que me den pellizcos las muchachas.

✱

Competentemente autorizados podemos y debemos asegurar que carece de fundamento la noticia que algún malicioso ha echado á volar por esas calles referente al fallecimiento de nuestro querido amigo el Sr. Gutiérrez.

Al contrario, nunca ha estado más en su punto, á Dios gracias, la salud de nuestro amigo.

✱

Una pulga vanidosa
picó á un león en la sien,
y se marchó tan tranquila
diciendo:—¡Le reventé!

✱

La ley ante la conciencia es un drama original de D. Antonio Cosso y Asensio, que se estrenó con gran éxito en el Teatro de la Alhambra, y en el cual se revela un verdadero autor dramático. Agradecemos al autor la atención de remitirnos dos ejemplares.

Monólogos de un aprensivo se titula un folleto que contiene catorce chispeantes y graciosísimos artículos del incansable escritor D. Manuel Ossorio Bernard. Por el nombre del autor comprenderán VV. que no les engaño al aconsejarles que lean esos deliciosos monólogos.

F. Degetan, que adora á los niños casi tanto como Tolosa Latour, ha publicado el segundo de sus *Juguets Prabelianos*, modelo de educación y libro indispensable para quien quiera cultivar con éxito la inteligencia de sus descendientes.

✱

Hemos entrado en la época de los beneficios. Todos los actores van poco á poco percibiendo cantidades de más ó menos consideración.

El único que no se beneficia es el público, porque después de las representaciones sale... con las manos en la cabeza.

✱

Es tan poco original
el escritor Juan Corrales,
que hoy ha visto por su mal,
después de afanes prolijos,
que no son originales
¡ni sus hijos!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Una admiradora.—Sería V. el ángel de mis ensueños, si no fuera usted tan señorita como yo.

Corte de Veras.—La guasa es inocente hasta la pared de enfrente.

Sr. D. F. C.—Madrid.—Usado y de mal gusto el chiste.

Zapatillas.—Jesús, señor, que medianía!

Un americano.—Eso ya no es medianía, ¿qué más quisiera usted?

Sr. D. J. C.—Madrid.—Quedó hecho el número el martes con motivo de un viaje. Pero no se apure V., no se ha perdido nada.

Padre chico.—Eso debe tener picardía, pero tan oculta, tan oculta... que ¡ni Dios la ve!

Tobacco.—Tiene V. muchas incorrecciones, es decir, V. no, los versos.

En cuanto al artículo... tiene V. razón.

Sr. D. L. G.—Cartagena.—Cuando pudiera publicarse habría pasado la oportunidad. No habla por qué temer un pelo.

Sr. D. P. R.—Castellón.—Cave V.; es mejor.



¡Lo que él ha trabajado en esta vida miserable para hacer una nueva clasificación de lepidópteros! Y ahora resulta que á nadie le importan un pepino las mariposas...

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Gervantes, 2. segundo

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARIS
Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un álbum elegante, que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Quando se concluya el álbum, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar.....	20 pesetas
Encuadernado en tela.....	25
Cartulinas sueltas (cada una)...	0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librereros y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100; conviene que les costará cada cartulina 35 céntimos.